Globethics Repository



De marginales y desocupados [Marginal and unemployed]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Bogani, Esteban
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-17 18:36:52
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/218650

De marginales y desocupados

Apuntes para una nueva discusión sobre las poblaciones «excedentarias» a partir de los conceptos de masa marginal y empleabilidad

Esteban Bogani

Desde su introducción en el debate de ideas en América Latina, la noción de marginalidad social ha sufrido cambios significativos. En su origen tuvo un marcado sesgo psicológico y cultural. Marginalidad fue, sucesivamente, sinónimo de comportamiento problemático, minorías étnicas o sexuales, cultura de la pobreza. Cada cambio trajo consigo adscripciones divergentes y posturas políticas que han tenido consecuencias de peso en la concepción y el desarrollo de las políticas sociales. A la luz de la existencia de vastos contingentes de desocupados, la marginalidad social plantea la necesidad de ser analizada a través de su relación con nociones de masa marginal y empleabilidad.

Introducción

Este artículo tiene como propósito recuperar los aportes efectuados por la noción de *marginalidad social* a la comprensión de la situación y la dinámica que afectan las posibilidades de desarrollo de una parte de la población latinoamericana. Para empezar, se presentan las distintas acepciones de la

Esteban Bogani: sociólogo, Universidad de Buenos Aires (se agradecerán comentarios que pueden enviarse a: eboga@yahoo.com).
Palabras clave: marginalidad, empleabilidad, masa, polo marginal, América Latina.

noción de marginalidad social. En particular, se describen los distintos enfoques teóricos desde los que se pensó a los marginales y se presta una especial atención a la tesis de la *masa marginal*. Ésta, además de ser una elaboración básicamente latinoamericana, integró aportes de un sector del pensamiento teórico clásico de las ciencias sociales (como es el caso del materialismo histórico), y al mismo tiempo abrió paso a la posibilidad de realizar distintos análisis empíricos sobre las condiciones de vida de los trabajadores, ocupados y desocupados, en Latinoamérica. A continuación se abordan las perspectivas actuales en torno de la marginalidad y de la existencia de contingentes poblacionales «excedentarios». En este punto, se introduce un análisis relacional entre las nociones de *masa marginal* y *empleabilidad*. Para concluir se presentan algunos comentarios acerca de cómo podría ser resignificado el concepto de masa marginal a partir de las actuales condiciones económicas y sociales latinoamericanas.

Hacia una concepción latinoamericana de poblaciones, mercado de trabajo y formas de organización económicas y sociales

Marginalidad(es). En principio, resulta importante recordar que las primeras alusiones a la marginalidad tuvieron lugar en el marco de los trabajos de la escuela de psicología behaviorista estadounidense, dedicada a investigar el comportamiento de ciertos individuos y grupos sociales caracterizados como «problemáticos». En esos estudios, la conducta marginal era aquella observada en individuos en los que se daba una subestimación del *yo* manifestada en una sensación de inferioridad respecto de las normas del *estatus social*. Desde este tipo de enfoques, se comenzó a pensar a la marginalidad como una desorientación psicológica (Stonequist).

Del énfasis psicológico se pasó al cultural, los marginales entonces eran aquellos que tenían una personalidad evaluada como conflictiva a raíz de vivir en una continua contradicción con la cultura conformada por valores sociales imperantes. Esta *marginalidad cultural* se dio primordialmente en países donde parte de la población pertenecía a grupos étnicos diferentes a los de la elite dominante. En ese entonces, lo marginal remitía a la existencia de ciertas minorías como la de los afroamericanos en Estados Unidos. Con el correr de los años, este enfoque inicial fue incorporando distintos aportes. Entre ellos, merece una mención especial la «superposición cultural», según la cual el origen de la marginalidad reside en la dominación de un grupo sobre otro mediante una fuerte imposición de creencias y valores, situación en que se encontraba una gran cantidad de colectivos de indígenas en Latinoamérica.

De estar en una situación de «contradicción» se pasó a una de «imposición». De hecho, en esos años surgió la idea de que los sectores subalternos, es decir, los dominados, son «portadores» de una singular cultura: la «cultura de la pobreza»[1].

Este tratamiento de la marginalidad centrado en aspectos psicológicos y culturales encontró críticas rápidamente. En general, éstas subrayaban la falta de consideración de la realidad «material» circundante a la producción de ese fenómeno. En verdad, y más allá de los antecedentes arriba consignados, el desarrollo del concepto de marginalidad tiene lugar en Latinoamérica. Esto se explica a partir de un proceso de reflexión creciente alrededor de la presencia de grandes sectores de la población con serios problemas de pobreza y desocupación. De allí surge que gran parte de los estudiosos latinoamericanos insistiera en que la marginalidad presentaba cierta singularidad en los países de la región. Existían y, de hecho existen, situaciones similares en distintos sitios del globo con los que Latinoamérica tenía y tiene al mismo tiempo elementos en común y claras diferencias (Germani). Quizás esta cuestión detonó los primeros interrogantes sobre la marginalidad en la región.

En este punto, y dejando de lado las antiguas connotaciones esbozadas por la escuela behaviorista y los enfoques culturalistas, algunos autores latinoamericanos denominaron marginales a los asentamientos periféricos, ilegales y precarios establecidos en torno de los grandes centros urbanos. Estos barrios, llamados en múltiples formas a lo largo de la región (*villas miseria*, *favelas*, *cantegriles*, etc.), fueron producto del creciente proceso de urbanización iniciado con la industrialización y el cambio en las formas de explotación de la tierra, lo que trajo aparejado un proceso de migración interna en el que participó una importante cantidad de personas.

Esta acepción de marginalidad fundada en la cuestión espacial/habitacional resulta deudora en parte del incipiente desarrollo del urbanismo latinoamericano, que tenía como objeto de estudio e intervención la situación de aquellas viviendas ubicadas en los «bordes» de las grandes ciudades. Estas casillas, de precaria construcción, carecían de las prestaciones más básicas: agua, luz, etc. En reiteradas ocasiones, además, la cantidad de individuos que las habitaban superaban con creces la recomendada, produciéndose un importante hacinamiento. Queda claro que los asentamientos marginales se definían de este modo a partir de la existencia de un *centro*, en donde deberían haber otras

1. Este tipo de argumentos se encuentra en el artículo de Vekemans/Silva Fuenzalida.

condiciones habitacionales distintas a las del *margen*. Lo cierto fue que rápidamente esta dimensión territorial de lo marginal comenzó a desdibujarse, puesto que al interior del centro de cualquier gran ciudad latinoamericana existían viviendas igualmente susceptibles de ser calificadas como marginales. Su construcción también era deficiente, muchas de ellas no tenían acceso a servicios públicos y, en gran cantidad de casos, sus habitantes vivían hacinados. Por lo tanto, y casi por extensión, se pasó a hablar de personas marginales, para hacer referencia a los habitantes de tales moradas, independientemente de dónde estuvieran localizadas. De esta manera, la marginalidad, como categoría seguía siendo tan imprecisa como en el pasado, pudiendo denotar cuestiones de muy diversa índole.

Marginalidad social, polo y masa marginal. Esta vaguedad inicial posibilitó que la cuestión marginal pudiese ser recuperada desde dos enfoques teóricos completamente diferentes que intentaron dar cuenta del modelo de desarrollo de las sociedades latinoamericanas, e implicaron adscripciones a divergentes posturas políticas.

Desde una de estas perspectivas, conocida como la teoría de la modernización, se sostenía que la existencia de sectores sociales marginales respondía a ciertos desajustes producidos en el tránsito de una sociedad tradicional, como la latinoamericana, hacia una moderna, como supuestamente la estadounidense. Esta situación debía, por consiguiente, ser objeto de intervenciones específicas tendientes a corregirla. Se concebía así un campo de acción-reflexión en torno de la *marginalidad-integración*. Desde este punto de vista, se tornan marginales aquellos grupos y territorios que exhiben un retraso respecto de la porción «moderna» de la sociedad. En resumidas cuentas, la marginalidad era la resultante de un alejamiento temporal del sendero «natural» por el que toda sociedad transita hacia la modernización.

En contraposición a las anteriores afirmaciones, desde una segunda perspectiva se sostiene el carácter relacional existente entre la marginalidad, el mercado de trabajo y el sistema de relaciones socioeconómicas imperante en la región. Un rasgo distintivo de este abordaje es que ya no se define a los marginales en función de «desajustes ocasionales» producto del desarrollo «natural» de la sociedad, sino –y muy por el contrario– a partir del lugar ocupado en el mercado de trabajo y de cómo la conformación de este mercado guarda relación, al mismo tiempo, con el modelo de desarrollo de las sociedades latinoamericanas. En este marco interpretativo se abandona o, para ser más exactos, se refuta aquella afirmación según la cual ser marginal

significaba «estar fuera» del sistema de relaciones económicas y sociales, idea que de alguna manera estaba presente en la teoría de la modernización.

Es preciso recordar que parte de la literatura abocada a la marginalidad –sobre todo la inscrita en la anterior perspectiva– distinguía entre los estratos bajos o populares «establecidos» (sean obreros, urbanos o rurales) y la población marginal, situada fuera del sistema de estratificación, acaso como una forma de *outcasts*[2]. En realidad, percibir al sector marginal como fuera del sistema de clases sociales (y ya ni siquiera como el estrato más bajo del mismo) implica desconocer por completo a la marginalidad como un proceso y una relación social, presentándola, por consiguiente, como un insólito e inexplicable factor emergente de la situación latinoamericana. De este modo, puede sostenerse que

> el marginal, en lugar de ser un *outsider* del sistema social, es más bien una emanación de él. No está, por lo tanto, fuera de la escala; más bien constituye el último peldaño de ésta. En consecuencia, los roles y funciones que ocupa están situados en los niveles más bajos. Es la víctima de un círculo vicioso socioeconómico en el que, a menudo, el punto de partida es el presagio infalible del punto de llegada, con excepción de algunos pocos casos… (Welnes, p. 22).

En relación con lo anterior, cabe agregar que la marginalidad

> ... se origina en los cambios en la estructura de relaciones entre capital y trabajo asalariado, los que son producidos por una tendencia del capital –apoyada en el desarrollo tecnológico– que lleva al gradual predominio del trabajo acumulado sobre el trabajo vivo dentro del capital. Esa particular tendencia de movimiento del capital implica que una proporción creciente de fuerza de trabajo queda *sobrante* respecto de las necesidades del capital... (Quijano, p. 28).

Esa población *excedentaria* es la que se denomina «marginalizada», y son las fuerzas del capital las que tienden a marginalizar a los trabajadores, por eso se habla de proceso. He aquí el por qué de hablar también de relaciones sociales. Este proceso (lejos de ser «inesperado» o «inexplicable») es el producto predecible de este tipo de sistema de relaciones económicas. Quedan a un lado, pues, aquellas explicaciones con énfasis en el sujeto, en la cultura, en la disposición geográfica y los desajustes en el desarrollo histórico «natural» de la sociedad.

Es posible preguntarse por qué un enunciado general como el anterior adquiere un especial significado en el caso latinoamericano o, más precisamente, qué características presenta la región para el surgimiento de la marginalidad que (por su volumen y dramatismo) no se dan en otras regiones. En

2. Este tipo de asociaciones entre marginalidad y sistema de clases sociales fue estudiado por Germani.

comentarios anteriores se manifestó que aun cuando esta situación no fuese privativa de Latinoamérica, las principales causas para la no absorción de mano de obra guardan aquí una estrecha relación con las distorsiones de un desarrollo capitalista condicionado por el mantenimiento de formas tradicionales y por la dependencia externa de la región (Cardozo/Faletto). De este proceso social y económico más general surge un *polo marginal*, según la denominación de Aníbal Quijano, caracterizado como un conjunto de ocupaciones o actividades establecidas en torno del uso de recursos residuales de producción, que se estructuran como relaciones sociales de modo precario, y que generan ingresos reducidos, inestables y de incompleta configuración respecto del «salario» o de la «ganancia». En este marco, los sectores marginales cumplen una función distinta a la del ejército industrial de reserva en los países desarrollados, debido a que no pugnan con otros trabajadores para ser empleados por las empresas «modernas». En consecuencia, puede sostenerse que la marginalidad, y en particular este polo marginal, consiste en un modo identificable de pertenencia y de participación en la estructura general de la sociedad.

De múltiples modos, los integrantes de hogares marginales latinoamericanos obtienen medios mínimos para su subsistencia al producir bienes y generar servicios en actividades de muy baja productividad, que no requieren un capital importante puesto que utilizan «obsolescencias» del resto de la sociedad. En ocasiones, el mercado al que destinan sus esfuerzos está constituido por los sectores obreros, cuyos ingresos son insuficientes para permitirles el acceso a bienes y servicios «modernos». De los postulados de Quijano puede desprenderse que el polo marginal cumple una doble función: por una parte permite la supervivencia de un sector de asalariados pobres, y por la otra, el consumo de este sector morigera al mismo tiempo la presión del propio sector marginal.

Hacia fines de la década de los 60 fue también un autor latinoamericano, José Nun, quien amplió este campo de reflexión al presentar la tesis de la *masa marginal*. En igual sentido que en la noción de polo marginal, aparece en ésta una alusión a la existencia de importantes contingentes de poblaciones «excedentarias» en la región respecto de los requisitos del «adecuado» desarrollo del sistema social y económico. La diferencia entre ambas categorías reside en que, mientras en el polo marginal sus actividades se convierten en subsidiarias del núcleo «moderno» de la economía, en la tesis de la masa marginal, las mismas pueden resultar también afuncionales o disfuncionales, según sea el caso.

En su análisis, Nun parte de una distinción establecida en la propia obra de Marx entre la denominada superpoblación relativa y el ejército industrial de reserva, categorías que –en opinión del autor– a veces fueron empleadas incorrectamente casi como sinónimos. Según él, la equiparación de ambas resulta errónea, puesto que se trata de dos categorías distintas, situadas en diferentes niveles de generalidad. Por una parte, el ejército industrial de reserva está acotado a la teoría particular del modo de producción capitalista y, a decir verdad, a cierta etapa inicial del mismo. Por la otra, la «población adecuada» y la «superpoblación relativa» son conceptos que pertenecen a la teoría general del materialismo histórico, en la que se estudian los distintos modos de producción. Esta distinción fue objeto de un profuso debate sostenido en el momento de la difusión de la tesis de la masa marginal[3]. En la teórica clásica, el ejército industrial de reserva provee la fuerza de trabajo requerida en la etapa ascendente del ciclo económico y, al mismo tiempo, detiene cualquier presión tendiente al alza salarial de los sectores trabajadores.

En el enfoque de la tesis de la masa marginal, la complejidad del funcionamiento de la economía y la sociedad latinoamericanas requiere incorporar en el análisis al menos los siguientes aspectos: a) la coexistencia de los distintos sectores de la economía –agrícola, industrial y de servicios– y de sus diversos grados de desarrollo; b) la fragmentación del mercado de trabajo –certificados y calificaciones laborales–; y c) las interrelaciones entre las distintas economías nacionales y el orden mundial. El hecho de que en ciertos espacios territoriales coexistan sectores «tradicionales» y «modernos» dependientes en diferente grado de la incorporación de tecnología y del capital externo, y que sean solicitantes de uno u otro tipo de mano de obra, denota a las claras la heterogeneidad de la configuración socioeconómica latinoamericana. Por lo tanto, esta multiplicidad de factores hace que los propios mecanismos de generación del ejército industrial de reserva se transformen y, consecuentemente, la funcionalidad de sus efectos comience a variar según el sector del que se trate, del grado de desarrollo, de la disponibilidad de fuerza de trabajo adecuada a esos requerimientos y de la dependencia de esa actividad de elementos de la economía internacional[4].

En cualquier caso, el concepto de ejército industrial de reserva designa a las manifestaciones funcionales de parte de esa superpoblación relativa; para la otra, aquella porción de población afuncional o disfuncional, el autor introduce

3. Esta polémica puede encontrarse en Nun.
4. La cuestión de la población adecuada sigue concitando gran interés; al respecto pueden consultarse los artículos de Carrera y Savoia.

otra categoría: la de masa marginal. En el momento que se dio a conocer, esta distinción no parecía estar tan clara. De hecho, «los críticos de la masa marginal se empeñaron en demostrar que hasta el último de los campesinos sin tierra o de los vendedores ambulantes de nuestras ciudades eran no únicamente funcionales sino decisivos para la acumulación capitalista ...» (Nun, p. 25).

En la tesis de la masa marginal, los desocupados aparecen como una manifestación de la marginalidad, pero en ningún caso la única. Dentro de este análisis, el argumento sería que los desocupados pueden actuar al mismo tiempo como un ejército industrial de reserva en un mercado de trabajo «secundario», como aquel formado alrededor del sector industrial competitivo (en el que existe cierta diversidad empresarial, no hay posiciones predominantes, no se observa una gran incorporación de tecnología, etc.), y simultáneamente como integrando la masa marginal respecto del sector industrial monopolista, caracterizado por unas pocas empresas, constante incorporación de tecnología y alta productividad. De alguna manera, esta afirmación cabe también a los ocupados. Estar ocupado en un segmento de la economía no implica que no se integre, de un modo u otro, la masa marginal constituida alrededor de otro sector. Esto se puede establecer a partir de los requerimientos específicos de cada sector económico[5]. Así, en un determinado momento, cierto grupo de la fuerza de trabajo puede contar con competencias obsoletas para un sector, mientras que para otro puede resultar «empleable». Por caso, puede pensarse en alguien que esté ocupado como tornero en el campo de la industria metalmecánica, y que al mismo tiempo puede integrar la masa marginal respecto de la elaboración de programas de computación. En palabras de su autor, la masa marginal se compone de: «... a) una parte de mano de obra ocupada por el capital industrial competitivo; b) la mayoría de los trabajadores que se refugian en actividades terciarias de bajos ingresos; c) la mayoría de los desocupados; y d) la totalidad de la fuerza de trabajo mediata o inmediatamente fijada por el capital comercial ...» (ibíd., p. 134).

Cabe sostener algo parecido respecto de la situación de pobreza. Esta cambia en la medida que se forme parte de uno u otro sector de la masa marginal. Así, integrar la población excedente para el sector industrial monopolista, pero al mismo tiempo estar ocupado en actividades con uso de tecnologías más rudimentarias y abocadas al mercado interno, no supone obligadamente ser integrante de la población más pobre.

5. En caso de ser de interés, puede consultarse a Nun al respecto.

Esta versatilidad del concepto de masa marginal significó para algunos analistas sociales una fortaleza, debido a su capacidad de adaptación a las múltiples circunstancias observadas en Latinoamérica, sobre todo a la posibilidad de integrarlas en un mismo marco de análisis. Otros, en cambio, sostuvieron que, a causa de esta misma condición, la masa marginal «... es un concepto inespecífico que comprende individuos que se relacionan de forma heterogénea con el proceso productivo y socialmente se colocan en niveles diferentes (empleados, desempleados, no empleables, etc.) ...» (Cardozo)[6]. En contraposición a esta línea argumentativa, un adecuado uso de la masa marginal, según su autor, debería contrarrestar esa falta de especificidad al ser aplicada a un determinado contexto histórico.

En síntesis, puede afirmarse que el significado de la noción de masa marginal cambia –y cabe (o no) aplicarla– según el contexto económico, histórico y social en consideración. La tesis de la masa marginal se presenta como un interesante marco de análisis para parte de las singularidades observadas a lo largo de Latinoamérica. En el abordaje de casos particulares, su pertinencia se basa en una cuestión empírica: hay, pues, diversos tipos de marginalidad y situaciones en las que predominan los efectos del «ejército industrial de reserva» o masa marginal. No obstante, «introducir y fundamentar un concepto como el de masa marginal no equivale a sostener que resulta aplicable siempre y en todas partes ...» (Nun, pp. 28, 29).

Perspectivas actuales: masa marginal y empleabilidad

En la actualidad la situación social de gran parte de los latinoamericanos empeoró drásticamente respecto de los años 60 y 70, época en la que surgieron estos conceptos. En este sentido, y al igual que ayer, existen muchas interpretaciones que –de un modo contrario al de la masa marginal– hacen recaer en las propias víctimas la responsabilidad por su condición de tales.

En el campo de las asociaciones empresariales, la herramienta elegida para «cargar las tintas» en los marginales fue la noción de *empleabilidad*; de este modo, se los categorizó como «inempleables». La empleabilidad hace hincapié en que, tanto quienes están ocupados como quienes no lo están, deben encargarse de, y esforzarse por, desarrollar ciertas aptitudes y actitudes que

6. La crítica de Cardozo a la tesis de la masa marginal –reproducida en Nun– intenta demostrar la incorrecta interpretación de ciertos conceptos marxistas efectuada por Nun. En su artículo «Nueva visita a la tesis de masa marginal», Nun (p. 257) comenta que Cardozo reconoció años después la existencia de excedentes de población no funcional en Latinoamérica.

supuestamente los habilitan para ingresar y permanecer en un determinado puesto de trabajo. La empleabilidad, surgida a mediados de la década de los 80, enfatiza que los trabajadores pueden mejorar su desempeño a través de la adquisición de nuevas habilidades y saberes. De allí también su particular postura sobre la educación y, sobre todo, la formación profesional, a la que caracteriza como una inversión. No en vano, la empleabilidad se inscribe en la teoría del capital humano[7]. En la práctica, esta teoría dio lugar a estrategias de recursos humanos y *lobbys* en instancias como cámaras empresariales y organismos internacionales. En este sentido, se puede mencionar el papel asumido por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico en materia educativa. Esta organización ha recuperado en parte elementos de la teoría del capital humano con el objeto de influir en el diseño de políticas educativas de los países en desarrollo. De hecho, propuso introducir en los contenidos curriculares elementos destinados a potenciar la empleabilidad de la fuerza de trabajo, refiriéndose de este modo a la necesidad de asegurar las competencias de los futuros trabajadores[8].

En reiteradas ocasiones, y desde la esfera estatal, los desocupados latinoamericanos también fueron interpelados a través de distintas acciones tendientes a dotarlos de mejores capacidades para su incorporación y desarrollo en el mercado de trabajo. En esta línea se creó una gran cantidad de programas públicos de capacitación, formación y entrenamiento laboral. En su mayoría, esas acciones partieron de un supuesto según el cual una «adecuada formación para el trabajo es aquella que consigue disminuir el cuello de botella entre la demanda de personal para ocupaciones calificadas y la sobreoferta de trabajadores sin calificaciones adecuadas ...» (Gallart, p. 102)[9]. En relación con este aspecto cabe preguntarse qué proporción de la masa de desocupados puede explicarse por este «desfase» entre un tipo y otro de demanda y de oferta de fuerza de trabajo. Es decir, si todos los desocupados contaran con los certificados y calificaciones adecuados, ¿conseguirían un empleo?

En este punto, hay al menos dos comentarios a introducir respecto de las políticas públicas y las acciones empresariales destinadas a promover la empleabilidad de la fuerza de trabajo. El primero es que en la actualidad, y con justa razón, no existen posturas contrarias a la incorporación de saberes y conocimientos por parte de la fuerza de trabajo, y sostener lo contrario es a

7. Los autores más destacados de esta teoría son Schultz, Becker y Mincer.
8. En relación con este aspecto se puede consultar a Campos Ríos.
9. Este párrafo fue extraído de un texto en el que dicha situación se problematiza bastante más y donde queda claro que la educación no es la solución al desempleo.

todas luces un absurdo. De hecho, hoy son muchos los sindicatos latinoamericanos que se ocupan de llevar a cabo tareas de capacitación y formación de sus afiliados. Ahora bien, otra cuestión (y muy distinta) es, a partir de estos enfoques, ver a los desocupados como *responsables por no saber* y, como corolario, *trasladarles* la carga de serlo. Dicho de otro modo, empezar a verlos como los principales causantes de su propia condición.

En cualquier caso, y como segundo comentario, puede sostenerse que la noción de *empleabilidad* remite a la posibilidad de «funcionalizar» los excedentes poblacionales –afuncionales o disfuncionales– a los que hace mención la tesis de la masa marginal. En el campo de las hipótesis de trabajo podría sostenerse, además, que este proceso de funcionalización opera en dos instancias: una objetiva y otra subjetiva. En la primera, la empleabilidad conforma un conjunto de atributos –siempre variantes– que debe adquirir la fuerza de trabajo, con la idea de extender, dentro de la superpoblación relativa, la proporción ocupada por el ejército industrial de reserva frente a la masa marginal. Entran aquí las acciones concretas destinadas a mejorar las competencias laborales de los trabajadores ocupados pero, y sobre todo, de los desocupados.

En el campo de la subjetividad, la empleabilidad permite que cientos de desocupados puedan «sentirse parte» –mientras, por caso, se capacitan– del ejército industrial de reserva. En este plano, la empleabilidad opera para que los propios desempleados no presten atención a explicaciones de su situación centradas en la existencia de causas estructurales, y si a esto se le agrega aquella idea asociada a que los desocupados «no pueden nutrir un proyecto común y no parecen capaces de superar su desasosiego en una organización colectiva ...» (Castel, p. 414), todo parece facilitar el ostracismo de estos sectores afectados por la falta de empleo. Cosa que en Latinoamérica, y en especial en el caso argentino, parece darse exactamente al revés: en ciertas circunstancias los desocupados lograron agruparse y movilizarse, dando lugar así al proceso constitutivo de su identidad y de inserción dentro del actual escenario económico y social (Colectivo Situaciones).

Comentarios finales

El persistente deterioro social latinoamericano exige imperiosamente profundizar los análisis y renovar los lazos que unen a la comunidad de científicos sociales con el resto de la sociedad, cuyo claro propósito es buscar alternativas para el incremento de la calidad de vida en toda la región. En este sentido, los datos disponibles son contundentes: la tasa de desempleo de América

Latina y el Caribe se ubicó en torno del 10,4% en 2003, cuando 23 años atrás rondaba el 6,1%[10]. El comportamiento de la pobreza fue singular: en 1987, cerca de 63,7 millones de personas vivían con menos de un dólar diario, en tanto que para 1998 la cantidad en esa situación ascendió a 78,2 millones[11]. La región continúa siendo la más desigual del mundo. En este cuadro social, el concepto de marginalidad social y, en particular, la masa marginal aparecen como categorías importantes dentro del pensamiento social latinoamericano de las últimas décadas.

Del anterior análisis surge que el concepto de masa marginal rasga ese velo detrás del que se encuentra la verdadera situación de padecimiento de gran cantidad de latinoamericanos. No obstante recuperar su legado supone hacerlo con los cuidados del caso; se trata pues de examinar en qué medida esta noción se adecúa al estudio de la realidad. En la actualidad, resulta conveniente hablar de *marginalización*, en tanto proceso que explica la situación de masa marginal; el proceso descubre las causas del fenómeno y los distintos mecanismos de funcionamiento. En ningún caso es la arbitrariedad del destino, sino el producto de las relaciones sociales, aquello que posibilita formar parte del contingente marginal. De igual manera, este proceso articula las instancias relativas al mercado de trabajo y la economía con un plano más general asociado a la situación latinoamericana. En la tesis de masa marginal se hace continua mención al desarrollo «desigual y combinado» de Latinoamérica; esto permite establecer una conexión de sentido entre lo particular y lo general. En otras palabras, permite ver en una persona pobre la situación de opresión de los países centrales sobre Latinoamérica, y viceversa; ambas son cuestiones conexas.

En la actualidad, basta con transitar por cualquier carretera latinoamericana para que «lo excedente», «lo inempleable», se vuelva realidad a sus costados. Es entonces cuando las estadísticas salen al cruce y plantean otros interrogantes, solo que ahora aparecen convertidas en lo que alguna vez fueron: personas, contingentes poblacionales que parecieran estar sobrando en un mundo al que, una y otra vez, pretenden presentarnos como tan solo para unos pocos. Por eso, romper definitivamente con esa pretendida naturalidad de la pobreza y la desocupación debe, como mínimo, convertirse en objeto de reflexión social.

10. OIT: *Panorama laboral 2004 - América Latina*.
11. *Banco Mundial: Global Economic Prospects and the Developing Countries 2001*, Washington, D.C.

Bibliografía

Campos Ríos, G.: «Implicaciones económicas del concepto de empleabilidad» en *Revista Aportes* Nº 23, Universidad Autónoma de Puebla, México, 2003.
Cardozo, E. y E. Faletto: *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1990.
Carrera, N.: «La superpoblación relativa y las centrales sindicales» en *Le Monde Diplomatique* Nº 56, 2004.
Castel, R.: *Las metamorfosis de la cuestión social*, Paidós, Buenos Aires, 1997.
Colectivo Situaciones: *MTD Solano, movimiento de trabajadores desocupados de Solan*o, Ed. Nuestros Propósitos, Buenos Aires, 2001.
Gallart, M.: «Capacitación, educación y empleo: una relación necesaria» en *Revista Encrucijada* Nº 2, Eudeba, Buenos Aires, 1996.
Germani, G.: *El concepto de marginalidad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1980.
Marx, C.: *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
Nun, J.: *Marginalidad y exclusión social*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.
Quijano, A.: *La economía popular y sus caminos en América Latina*, Mosca Azul, Lima, 1998.
Savoia, C.: «Pese al desempleo, faltan trabajadores calificados» en *Clarín*, 17/3/04.
Stonequist, E.: *The Marginal Man: A Study in Personality and Culture*, Charles Scribver's Sons, Nueva York, 1939.
Vekemans, R. e I. Silva Fuenzalida: «El concepto de marginalidad» en *Marginalidad en América Latina, un ensayo de diagnóstico*, Desal, Barcelona, 1966.
Welnes, S.: *Hacia una síntesis dialéctica de la marginalidad*, Ipels, Santiago de Chile, 1970.